

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*Ante la excelencia de Dios
la criatura, sobrepasada y subyugada
por la hermosura de su rostro
y embriagada por el néctar de su divinidad,
translimitada y desplomada de amor,
¡en reverente postración adora!*

* * *

*El «no te serviré» de Luzbel
abrió un Abismo
para él y los que, como él, obstinadamente
se rebelan contra el Dios tres veces Santo*

* *

*En el infierno y sin Dios
¿qué haría mi pobre alma?*

*

*Al final del Camino de la vida
está el Abismo que abrió el pecado,
y que hay que cruzar
con alas grandes de águila real*



Editorial Eco de la Iglesia

19-5-1975

LA EXCELENCIA DE DIOS

Nilil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 29-5-2001

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y de los libros publicados: «FRUTOS DE ORACIÓN» Y «VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Junio 2001
© 2001 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45	Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 978-84-86724-22-1
Depósito legal: M. 13.252-2007

Bajo la cercanía del Espíritu Santo y el ímpetu de su fuego, se aperciben como miríadas y miríadas de batallones de ser en el arrullo amoroso e infinito del paso de Dios que, en poderío de Inmenso, se acerca con la brisa de su vuelo a la criatura que, en reverente prostración, espera adorante y amorosa al Infinito Ser, para que se lance a poseerla y embriagarla con el arrullo silencioso y sacrosanto de su paso y el saboreo del néctar de su divinidad; y la criatura, desde la limitación y bajeza de su nada, sea posesión total e incondicional de Aquél que la creó en su infinito pensamiento sólo y exclusivamente para introducirla en su cámara nupcial a vivir bebiendo, en la participación dichosísima de su infinita y coeterna perfección;

y allí, dentro, en lo recóndito del Ser, le contemple translimitada en sabiduría amorosa bajo las lumbreras candentes y sapientales de la fe, llenas de penetrativa luminosidad, mirándole con su Vista, cantándole con su misma Palabra y abrasándose en el amor letificante del Espíritu Santo; que, en el arrullo sustancial y sacrosanto de su paso de fuego, la invita a recibirle ante la cercanía silenciosa y sagrada de la brisa de su vuelo.

Ante lo cual, la semana precedente a Pentecostés he apercibido la cercanía del Infinito que me inundaba, teniéndome como en tensión en preludio sabroso del ímpetu del Espíritu Santo que, acercándose en su pasar, me hacía sentir su venida.

Por lo que, sin saber decir cómo ha sido, conforme iban pasando los días, sentía que el Espíritu Santo se acercaba en el poderío de su derramamiento, por una fuerza misteriosa que me tenía en prensa, llenando mi espíritu en posesión penetrativa y disfrutativa de sabiduría amorosa repleta de esperanza, en mi búsqueda incansable corriendo en vuelo veloz al encuentro del Amor Infinito.

Y, llegado el día de Pentecostés, para el cual el Espíritu Santo me estaba preparando en subyugación amorosa de espera insaciable por su posesión; al ponerme en contacto con Dios, empecé a apercibir cercanía del Eterno..., lejanía de todo lo creado..., necesidad del Dios vivo..., contacto con sus misterios..., profundidad en su seno y saboreo penetrativo en la inmensidad infinita de la excelencia de Dios...

Y sucesivamente, en la medida que mi alma, siendo levantada como en vuelo, era adentrada en contemplación amorosa, pausada y silenciosamente atraída por la melódica compañía del paso de fuego en brisa sagrada del Espíritu Santo; ante la excelencia de la excelencia excelentemente inmensa del Eterno Ser, me iba sintiendo alejar de todas las co-

sas de acá; comprendiendo de una manera profunda, secreta y trascendente la distancia infinitamente distinta y distante que existe entre la criatura y el Creador, entre el Todo y la nada, entre el Infinito y lo creado.

Y en una penetración profunda, sumergida en las lumbres de sus Ojos, bajo las candentes lumbreras de su infinita sabiduría, sorprendí a Dios ¡tan grande...!, ¡tan distinto y tan distante de todo lo que no es Él...!, ¡en una excelencia de excelencia tan pletórica e infinitamente divina...!, que todo lo creado, ante mi experiencia, pasó como a no ser...

Comprendí que nada es; que nada es fuera del Ser, sido y poseído en sí mismo y por sí mismo en su intercomunicación de vida familiar y trinitaria, sin principio y sin fin, sin fronteras y sin ocaso.

Por lo que, desde la concavidad profunda e íntima de la médula de mi espíritu, repetía sin palabras:

¡¡Qué tiene que ver la criatura con el Creador...!! ¡Sólo Dios se es en su seerse infinito de majestad soberana...!

Y sintiéndome cada vez más penetrada y ahondada, llena del saboreo del Infinito y Subsistente Ser, exclamaba:

¿Qué es una criatura que ha sido sacada del no ser, que en un tiempo no fue y que ahora, tan sólo por un querer de la voluntad de Dios, es...? ¿Qué puede ser una criatura, por muy ex-

celente que sea, que tuvo un principio dependiente del Infinito Ser en el señorío eterno de su consustancial seerse; el cual sólo con el soplo de su boca da el ser, y sólo con el soplo de su boca lo puede barrer de la faz de la tierra y hacer que toda la creación deje de existir...?

¡Qué distancia entendí que existía entre El que se Es de por sí y lo que no es más que una manifestación real que ha sido y es por el querer del Eterno Seerse...!

Y llena de amor y sorpresa, translimitada y sublimada y profundizada cada vez más ante cuanto estaba comprendiendo de la realidad excelsa del Infinito Seyente siéndose y derramándose hacia fuera en voluntad creadora, repetía sin palabras en lo recóndito de mi corazón:

¡¡Pero qué tiene que ver la criatura con el Creador...!! Y ¡¿cómo y cuándo podré explicar la excelencia excelentísima de lo que Dios se es de por sí, del señorío de su realidad...?!

Era tanto lo que iba entendiendo bajo el pensamiento divino y penetrada de su infinita sabiduría, que, al mirar la creación y todo aquello que, dentro del ámbito de la plenitud y la exuberancia de su grandeza era creado, no sabía si reír o llorar..., si temblar o morir...; pues mi posibilidad de adoración quedaba tan excedida, que ni adorar sabía según lo necesitaba la limitación aplastante de mi nada ante el Infinito Creador tres veces Santo, en profunda y reverente veneración, postrada y subyugada por su majestuosa magnificencia.

Porque, ante la magnitud espléndida de la excelencia del Ser Infinito, todo pasó como a no ser, todo quedó como la pajita que, en un bosque, en un día de terrible huracán, es llevada y traída por el viento, sin ser apercebida por la pequeñez de su realidad...

¡Nada era sino el Ser...! ¡Nada era necesario...! ¡Todo aparecía insignificante ante mi mirada espiritual, sobrepasada bajo la luz del esplendor de la gloria de Yahvé en su magnificencia divina, pasando como a no ser...!

Era tanta la excelencia de Dios, tan inmensa la grandeza de su infinito ser en la plenitud de su fuerza, tan infinitamente distinto y distante de todo lo que Él no era, que todo lo que no era Él, ante mi mirada espiritual, prácticamente pasaba a no ser...

¡Nada era sino Dios!, porque Dios se era lo único que era en la plenitud excelente del poderío de su infinito, consustancial y coeterno ser divino.

Llegó a tanto la penetración de mi espíritu ante la excelencia de Dios, que sentí miedo de decir en alto cuanto comprendía. Porque, al mirar la contención apretada de la creación en la grandeza tan exuberantemente pletórica y desbordante con que el mismo Dios la creó –reflejo de la exuberancia de su misma perfección, y que nuestra mirada en ella descubre–, la vi tan pequeñita..., ¡tanto, tanto...!, que hice el propósito de no decir jamás hasta el fondo cuanto había entendido.

Pues tal vez algunas mentes torcidas y corazones raquíticos, al no haber barruntado nunca la excelencia excelente del Infinito Ser, pudieran pensar que yo despreciaba en algo aquellas criaturas que, dentro de la creación, son la expresión más maravillosa en manifestación del poderío coeterno e infinitamente trascendente del que se Es.

Y ante el conocimiento de esta realidad, fui como nuevamente introducida aún más hondo en la excelencia de Dios.

Y desde allí, subyugada y llena de sorpresa y amor, vi la magnificencia majestuosa de la humanidad de Cristo. Contemplándola tan inmensamente grande, ¡tanto!, que es más rica ella sola que toda la creación; compendio apretado de toda ella, ya que «en Él, por Él y para Él fueron hechas y creadas todas las cosas»¹, en manifestación esplendorosa y subyugante de su misma perfección; y tan capaz en su humanidad, que ésta no tiene más Persona que la divina, pudiendo decir Cristo por su voz humana, por la plenitud del misterio que en sí encierra: ¡Yo soy Dios...!

Y a pesar de todo esto, ante la distancia que existe entre la criatura y el Creador, entre lo divino y lo humano, entre El que Es de por sí y lo que todo lo ha recibido de Él, tuve que gritar en lo más profundo y recóndito de mi es-

¹ Cfr. Col 1, 16.

píritu, sobrepasada y translimitada ante la trascendencia trascendente del que se Es su misma razón de ser, sida y poseída en la plenitud subsistente e infinitamente suficiente de su divinidad:

¡Pero qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Alabando a Jesús, el Unigénito de Dios Encarnado, que, por la unión de su naturaleza divina y su naturaleza humana en la persona del Verbo, es tan Dios como hombre y tan hombre como Dios. Y que en su humanidad adora, prostrado en reverente veneración, a la Alteza infinita de su Persona divina; siendo la adoración perfecta, acabada e infinitamente glorificadora y reparadora de la criatura ante el Creador: ante la excelencia subsistente de su misma Deidad.

Y así, trascendida y translimitada de amor, embriagada por el néctar de la Divinidad, y sobrepasada de gozo en el Espíritu Santo, bajo la brisa de su suavidad y el aleteo de su paso divino sobre mi pobre, pequeñita y temblorosa alma, apareció María, Reina y Madre del amor hermoso, con la grandeza inimaginable de su Maternidad divina.

¡Y la vi tan grande...!, ¡tan elevada...!, ¡tan sublimada...!, ¡tan enaltecida...!, ¡por encima de todas las demás criaturas...!, ¡de los Ángeles del Cielo! por ser la Madre de Dios, ¡Reina del Universo, Virgen, Madre y Señora...!; siendo después de Jesús, como pura criatura, la más grande expresión del Infinito.

Mientras que seguía repitiendo en lo más secreto de mi espíritu y en lo más recóndito de mi corazón palpitando de amor ante el paso del Espíritu Santo que, iluminando mi espíritu, me iba descubriendo la sublimidad sublime y subsistente del que se Es de por sí y la distancia infinita que existe entre el Infinito y la criatura, salida de las manos de su coeterno e infinito poder:

¡Pero qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Entendiendo, viendo y siguiendo penetrando, en una intuición de profundo respeto, a Jesús, como Sumo y Eterno Sacerdote, adorando al Infinito Ser, sobrepasado de gozo, al ser Él mismo en sí y por sí, como Hombre, la respuesta reverente de adoración perfecta que la Santidad infinita del que Es se merece en respuesta de retornación amorosa de sus criaturas; porque ¡qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

El Creador se es en sí y de por sí lo que se es, por tener en sí su misma razón de ser por su subsistencia en posesión infinita y coeterna de Divinidad; mientras que la criatura, por muy excelente que sea, es, por la manifestación esplendorosa de la magnitud de Dios en su ser eterno, veneración que adora subyugada y translimitada en distancia infinita; llenando la capacidad de su ser como criatura ante el Creador; del que todo lo ha recibido, ante el Eterno

Seerse; del que tuvo un principio, ante el Imprincipio; del que no es más que la realización de la voluntad de Dios creadora en manifestación esplendorosa del infinito poder del Coeterno Seyente, ante El que se Es de por sí.

Y paulatinamente, mientras más penetraba en la excelencia de Dios, más iba comprendiendo, al mismo tiempo, la grandeza tan trascendente de la humanidad de Jesús, creada por Dios para no tener más persona que la divina, y la distancia casi infinita que existe de las demás criaturas. ¡Tan sublimado fue por la magnificencia infinita de Dios...!, ¡tan levantado por el Subsistente Ser!, ¡tanto!, que puede decir como hombre:

Yo soy Dios; pudiendo llamar a Dios: Padre, en derecho de propiedad, siendo «Luz de su misma Luz y Figura de su sustancia»².

Pero entre su humanidad y su divinidad es tanta la distancia que existe, ¡tanta, tanta...!, que Él mismo es en sí El que se Es y Él mismo es en sí el infinitamente adorado y el Adorador infinito...

Y a pesar de toda esta grandeza, a medida que mi espíritu se adentraba en la excelencia de Dios, siendo levantada hasta su seno y fuera y al margen de lo terreno; iba dejando todo lo creado detrás, y repetía en mi cántico de suprema alabanza ante la excelencia de Dios:

¡Qué magnífico es el esplendor del poder de la gloria de Yahvé al crear a sus criaturas y, en

² Cfr. Heb 1, 3.

tre ellas, al derramarse tan esplendorosamente sobre algunas para alabanza de su gloria, bajo la majestad de su infinito poder! Pero, ¡qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Y lo repetía y lo repetía..., llevada por Él a contemplarle, para vivirle en saboreo dichosísimo de Eternidad. Apercibiendo que, mientras más era adentrada y mientras más lo repetía interiormente, más dentro entraba de la excelencia de Dios y más profundamente lo tenía que repetir; comprendiendo que estaba en la verdad: ¡en la verdad clara!, ¡en la verdad única de la criatura ante el Creador...!

Ocurriéndome lo mismo cuando miraba a la Santa Madre Iglesia, que, como Esposa de Cristo y por su real Cabeza, tenía en sí la plenitud de la Divinidad: llena de santidad y hermosura, de lozanía y juventud, capaz de saturar a todos los hombres con la repletura de sus Manantiales recibidos de Dios por Cristo a través de María y remansados en su seno de Madre; pero que, a su vez, abrazaba también en su seno a tantos hombres que además son pecadores; ya que la Iglesia es divina y humana en el compendio ple-tórico y apretado de su realidad:

¡Qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Desde la altura de la excelencia de Dios, miraba a toda la creación, que para mí era, ante el pensamiento divino, tan hermosa y glorificadora del mismo Dios; y volvía a aparecer nuevamente la briznita de paja o la gotita de agua

perdida en la inmensidad inmensa de los innumerables mares que contiene la creación...

Pero, entre la gotita de agua y los inmensos mares, o la hojita de un árbol dentro de los millones y millones de hojitas de árboles que encierra la tierra –todas distintas entre sí por la sobreabundancia de la riqueza pletórica y exuberante que encierra la creación, como expresión a lo finito y reflejo del mismo Creador–, sólo había distancia de cantidad, pero ni siquiera distancia infinita de cantidad.

Entre una gotita de agua y la inmensidad de todos los mares no había distancia infinita; al fin y al cabo eran dos criaturas creadas que, por muy pletóricas y exuberantes que fueran, pasaban, ante la excelencia de Dios, en la intuición de mi mirada espiritual, como a no ser y a no tener más distancia que ser criaturas que un día no fueron, que hoy son dependientes del Infinito Ser, infinitamente distintas y distantes de su pletórica excelencia, y que mañana tal vez dejarán de ser...

¡Y la excelencia de Dios seguirá siendo igual de excelente ante todas las criaturas que por Él son, que por su voluntad se mantienen y que, dependientes de su misma voluntad, seguirán siendo o dejarán nuevamente de existir...!

¡Cómo entendí que sólo Dios se es...! ¡Qué distancia tan inmensa la del Infinito Ser, de todo cuanto no es Él...!

Y durante toda esta mañana de Pentecostés de 1975, estando mi alma sumergida en ora-

ción, repetía como una melódica alabanza en himno de gloria ante la magnificencia majestuosa del infinito poderío del que se Es:

¡Pero qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Parece que Dios se complacía en ello; pues, cuanto más lo repetía, más dentro entraba, más remontaba mi vuelo, más pequeña veía la creación, y más excelente aparecía ante mi mirada espiritual el coeterno y trascendente Ser...

Y también, en mi ascensión frente al Ser, aparecieron ante mi mirada espiritual diversidad de criaturas: los Ángeles rebeldes..., Adán..., Eva...

¿Cómo pudieron, si conocieron algo de la excelencia de Dios, rebelarse contra Él...?!

¿Cómo pudieron creerse como Dios o desear ser como Él, si en el momento de rebelarse tuvieron algún conocimiento parecido al que yo, en mi limitación, he tenido hoy...?!

¿Cómo es posible que, en esta verdad que yo hoy vivo, pueda desearse algo que no sea ser alabanza de gloria ante la magnificencia del Coeterno Seyente...?!

¿Qué conocimiento tenían de Él, y hasta dónde llegó la penetración de su conocimiento, que fueron capaces de decirle a Dios: «no te serviré»³, o apetecer algo que no fuera adorarlo...?

³ Jr 2, 20.

Sentía miedo de decir lo que estaba viendo; comprendiendo con seguridad clarísima que, en la participación gloriosa de la Eternidad, ante la magnificencia de Dios y subyugados por la hermosura de su rostro, al contemplarle sin velos, no queda más posibilidad que adorar en un himno reverente de alabanza ante el Infinito Ser en su Trinidad de Personas.

Por lo que, temblando de veneración reverente y en adoración profunda, irrumpía en lo más hondo de mi corazón repitiendo en mi canción de Iglesia y como Eco en proclamación de los infinitos cantares que ella tiene en su seno, cual «torre fortificada»⁴, Reina y Señora, teniendo como cabeza y corona de gloria al Unigénito de Dios:

¡Pero qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Porque, ante la magnitud del conocimiento que tuve de la excelencia de Dios, en aquellos instantes, según mi pobre entender, me quedé sin capacidad, no sólo de desear ser como Dios –ya que sólo esa idea, ante la excelsitud que concibo de su excelencia y magnitud, me haría ser desprecio para mí misma, pasando a ser ante mi mirada espiritual la criatura más pobre y abominable de la creación, en una profunda y continuada carcajada de burla en desprecio de mi mente atrofiada–, sino ni siquiera poder desear o apetecer algo que no fuera, en mi acto

⁴ Sal 60, 4.

de amor puro, glorificar al Infinito por lo que es en sí, por sí y para sí, y sin mí...

¡Ser como Dios...! ¡Qué oscuridad de entendimiento...! ¡Desear algo en contra de Dios...! ¡Buscar algo que no sea adorarlo...! ¡Querer algo que Él no quiera...!

Tanto entendí, ¡tanto...!, que comprendí no podría expresarlo...; aún más, que prudentemente no debía decir cuanto había visto y oído, siendo éste otro de los grandes secretos de mi vida...

Recordé el año 1960: «Alma mía, no te mires...». Sentí miedo de mí misma...; deseé volar al Cielo con todas mis fuerzas ante la ruindad y pequeñez de mi nada y ante la sublimidad de lo que, sin entender cómo ni por qué, estaba contemplando.

Y anonadada y sin quererlo expresar, irrumplía en mi canto de: ¡Quién como Dios...!, teniendo en sí, por sí y para sí la potencia de serse de por sí y estarse siendo, por la excelencia infinita del infinito poderío de su excelso ser, todo cuanto puede ser, sido, infinitamente disfrutado y poseído en gozo dichosísimo y gloriosísimo de Eternidad.

Y bajo la luz, el impulso, el fuego y la verdad del Espíritu Santo, vi también que mi espíritu estaba en la verdad, recordando la frase de Jesús: «Yo he venido para dar testimonio de

la verdad»⁵; y que estaba metida en la realidad pletórica de la Verdad Infinita.

Me sentí poseída por esta misma Verdad, la cual amorosa y libremente, ante la sapiential sabiduría de cuanto estaba penetrando, me hacía ver cada vez más profundamente la distancia infinita de ser que existe entre el Creador y la criatura, entre su grandeza y nuestra nada, su seerse y nuestro ser recibido y dependiente de la voluntad amorosa del Infinito Ser.

Fui tan consciente de esta doble verdad, que repetía constantemente ante la magnitud de Dios en distancia infinita de todo lo que no es Él:

¡Qué tiene que ver la criatura con el Creador...!

Y comprendiendo también, llena de pavor, que ¡hasta el fondo fondo! yo no podría decir en la tierra mientras viva lo que en el día de Pentecostés de 1975 había entendido...

Impotente, translimitada e invadida de Dios, rendida y postrada, subyugada y anonadada ante la luz de aquel Pentecostés, abrasada en el fuego del Espíritu Santo, ante la excelencia de Dios, reverentemente ¡adoraba...!

¡Qué grande vi, llena de gozo, a Jesús en su humanidad, que es distinto y distante de toda la creación y de todas las demás criaturas, y

⁵ Jn 18, 37.

que fue capaz de adorar a Dios como Él infinitamente del hombre necesitaba...!

¡Misterio maravilloso de la Encarnación, que da a Dios en su criatura todo cuanto Él de ella esperaba...! ¡Grandeza inimaginable de la humanidad sacratísima de Cristo...!

Robada por la excelencia de su adoración, como hombre, a su misma divinidad, con Él ¡adoraba!

Quedando en mi alma grabado, como a fuego, por la brisa del Espíritu Santo en paso veloz que me ha hecho conocer, intuir y vivir algo de la excelencia excelentísima del Infinito Ser, sobrepasada de gozo y postrada en reverente y humilde adoración, el grito del Arcángel San Miguel:

«¿Quién como Dios...?!».

Porque, ¿qué tiene que ver la criatura con el Creador...?!

21-7-1982

SATURADA DEL ETERNO

A mí no me cabe Dios
en la hondura de mi pecho;
por todas partes rebosa,
y en mi interior le contengo.

Son sus llamas cual volcanes
que me requeman por dentro,
haciéndome reventar
en llenuras del Eterno.

Le siento dentro de mí
abrasándome en sus fuegos,
besándome con su Boca,
dándome su pensamiento.

Él es mío y yo soy suya...,
¡dentro..., profundo..., secreto...!,
donde, en requiebros de amores,
me descubre sus misterios.

Palabras de vida eterna
Dios me dice sin conceptos,
en la sapiencia infinita
de su serse Dicho el Verbo.

Él me ama..., yo le amo...
en un profundo silencio,
sin que haya nada que pueda
interrumpir este ensueño.

¡Qué dulce es Dios cuando besa...!
Yo, en su arrullo, le presiento,
cuando se acerca gozoso
para meterme en su seno.

Todo como si no fuera...,
cuando, al pasar el Inmenso,
se posa en llamas candentes
dentro de mi encerramiento.

Y allí, hondo, en lo profundo,
irrupimos en requiebros,
en un dar y retornarnos
sin palabras ni conceptos,
fuera de cosas de acá,
al modo del Coeterno.

¡Oh qué dulce es encontrarlo...!
¡Y qué terrible es perderlo,
para volverlo a buscar
con nuevos frutos de encuentro...!

Mis nostalgias hoy me oprimen
por poseer al que anhelo,
como en el día dichoso
que me introdujo en los Cielos

para allí cantar su vida
dentro de su ocultamiento,
besándome con su Boca
y abrazándome en su pecho.

Dios está cerca de mí,
¡hondo, profundo y secreto...!

en sapiental enseñanza,
con beso de entendimiento,
con palabras de amor puro,
para pedirme de nuevo
que me entregue sin reservas
a ser su «Eco» en cauterio.

Palabra del Dios bendito,
sin palabras, siento dentro,
en amorosos amores,
en recónditos secretos.

Yo le beso y Él me besa
fuera del modo del tiempo,
de la manera perfecta
que Dios lo hace en su pecho.

¡Gracias, mi Amor Infinito!,
porque en ternura hoy has puesto
a mi pecho dolorido,
con besares de consuelo.

¡Gracias por todo, mi Esposo!
¡Gracias por todo, mi Dueño!
Ya sé bien que no me olvidas;
hoy lo comprendo de nuevo.

¡Qué bueno cuando Dios pasa...!,
y ¡qué corto se hace el tiempo!,
porque es vida de la Gloria
que se nos da en este suelo.

28-4-2001

LA VOLUNTAD DE DIOS

¡Oh excelsitud coeterna del Infinito y Subsistente Ser...! Por tu poderío excelso de majestad soberana, por serte en Ti, por Ti y para Ti la razón de tu coeterna Deidad, eres capaz, no sólo de gozarte en lo que Tú eres, sido y poseído en intercomunicación familiar de vida trinitaria, sino de gozarte también infinita y eternamente, por ser bueno, en hacer felices a otros seres que, creados a tu imagen y semejanza, vivan por participación la misma vida que Tú vives en gozo dichosísimo de disfrute eterno.

Por lo que Dios, que no necesita de nada ni de nadie para ser cuanto es, sido y poseído, disfrutado y saboreado en su acto inmutable de sabiduría amorosa, bajo las lumbreras consustanciales de sus infinitas pupilas; en manifestación amorosa de su voluntad y por el esplendor y para el esplendor de su gloria, en la magnificencia de su infinito poder, mira hacia fuera en voluntad creadora y hace que existan seres que por Él son; lo cual exige correspondencia, en retornación reverente y amorosa, de la criatura racional al Creador; siendo ella también voz en explicación y en retornación de respuesta de toda la creación inanimada.

¡Oh cómo quedó grabado en mi alma lo que el Señor, el día 1 de abril de 1959, me hizo vivir, penetrar y comprender, llena de sorpresa, en sabiduría amorosa de profunda y trascendente intuición, sobre lo que era el Ser de Dios, ¡majestuoso...!, ¡terrible y subsistente!, rompiendo como en cataratas y cataratas de ser, poniéndose en movimiento inmutable en voluntad creadora y queriendo realizar hacia fuera cosas infinitamente distintas y distantes de su realidad subsistente y divina, que le reflejen y manifiesten...!

Porque no es que Dios, cuando quiere una cosa hacia fuera, desee realizar algo al margen de lo que Él es. Sino que Dios se es todo cuanto puede ser infinitamente, pudiendo ser todo lo infinito en infinitud, sido, poseído y abarcado por su subsistencia infinitamente suficiente; y en Él no hay partes.

Ya que en Dios se identifican el ser y el obrar; y cuando quiere una cosa es todo Él en su intercomunicación de vida trinitaria el que lo desea; poniéndose en movimiento, sin moverse, todo su ser inmutable en voluntad creadora, para que se realice cuanto quiere según su infinito pensamiento.

Por lo que, el día 1 de abril de 1959, expresaba, en la ruindad y pobreza de la limitación de mi nada ser, nada poder y nada saber, como podía y llena de sorpresa, lo que Dios me hacía entender:

1-4-1959

«El Ser manifestándose en voluntad»
(Fragmentos)

«¡Oh lo que es Dios manifestándose en voluntad!

¡El Ser...! ¡El Ser...! ¡Oh, el Ser manifestándose en voluntad...! ¡Qué terrible...! [...]»¹

¡Oh qué espantoso...!, ¡qué terrible...!, ¡qué horripilante es el pecado de un hombre, creado por un movimiento de la voluntad amorosa de Dios, que es todo el ser de Éste movido en voluntad...! [...]

¡Ni mil infiernos...! El infierno, con ser tan terrible, tan espantoso, tan tremendo, tan escalofriante, es la medida adecuada al pecado ¡y aún menos...! ¡No hay medida, por grande que sea, ni castigo, para un ser creado que se rebela contra su Creador...!

¡Y los Ángeles y los hombres: “no serviré”²...! [...]

¡A la voluntad terrible del Dios terrible!: ¡“no serviré”...!

¡Cuando todo el ser de Dios se ha puesto en movimiento deseando una cosa!: ¡“no serviré”...!

¡Cuando toda la Divinidad, manifestándose en voluntad, ha querido una cosa...!

¹ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

² Jer 2, 20.

¡Ay, qué terrible...! [...] ¡Qué espantoso...! ¡Terrible y espantoso es oponerse en lo más mínimo a la voluntad de Dios...! [...]

¡El ser de Dios es terrible...!, ¡terriblemente majestuoso...! Ni muchas cataratas juntas, ni muchos terremotos juntos, ni muchas tormentas juntas... –¡yo no sé qué decir...!–, ni mucha paz junta..., ni mucha felicidad junta..., ni mucha bondad junta, ni... ¡Yo no sé..., no tengo palabra para expresar el ser de Dios que, manifestándose en voluntad, ha creado a los hombres para llevarlos a su seno, hacerles partícipes de la vida divina y dichosos por toda la Eternidad...! [...]

¡La voluntad de Dios...! ¡La voluntad de Dios...! Yo no sabía lo que era la voluntad de Dios... ¡Ni nadie lo sabe en el mundo! ¡Por cualquier cosa se oponen al plan divino...!

[...] ¡No sé explicarme...! Yo no veo solamente el pecado; en el pecado mortal ni me paro, no puedo mirarlo, ¡me moriría...! El pecado venial casi no lo miro.

Yo miro el tener un movimiento voluntario, nada más, contra la voluntad de Dios.

Un movimiento de nuestra voluntad contra la voluntad de Dios merece el infierno... ¡¿Quién somos nosotros para movernos contra la voluntad de Dios?!, ¿quién somos nosotros...? ¡¿Que se arme un terremoto y tiemble la tierra, cuando alguien se oponga al Dios tres veces Santo!!

¡Oh lo que es el Ser de Dios manifestándose en voluntad!»

Ya que la creación inanimada, cuando en algún momento de su existencia parece que se sale de las leyes que le ha puesto su Creador, toda ella se conmueve: ¡la tierra tiembla...!, ¡surgen maremotos...!, ¡se abren abismos...! y se revuelve todo aquello que de alguna manera llena de espanto a los hombres, por haberse perturbado en algo, con más o menos intensidad, con más o menos consecuencias, las leyes de la creación.

«¡Fidelidad de los mares,
de los bosques y los ríos,
de la bóveda celeste
con su inmenso poderío...!

Todo se ordena a sus leyes
sin conmover su destino,
obedeciendo la orden
del que marcó sus caminos;

orden que implica silencio,
porque todo está cumplido
según el querer de Dios
en su infinito designio.

Mas, cuando algo se trueca
en contra de quien lo hizo,
se provoca un terremoto
abriéndose los abismos.

El silencio rompe en voces
de clamores encendidos,

porque ve que el universo
desconcierta su equilibrio:

Huracanes, maremotos
en protestas de alaridos...;
se descuajan las montañas
con terrible poderío...

¡Oh creación, lo que pasa
cuando se trueca el camino,
al salirse en un instante
del pensamiento divino...!

Hombre que sigues tu ruta
en tan grande desatino,
¿no oyes el lamentar
de tu cercano destino...?

¿No sientes el recrujir
de tu vivir siempre en vilo,
cercado por todas partes
de crueles enemigos...?

Pon en tu vida silencio,
impidiendo un cataclismo;
sigue siempre al Creador
hasta cumplir sus designios.

¡Escucha la voz de Dios;
Él sabe marcar tu sino!»

10-1-1974

¿Qué será lo que sucede cuando la criatura racional, creada por Dios bajo la voluntad del querer de su poderío eterno y que nos hizo a su imagen y semejanza y nos predestinó nada

menos que a ser hijos suyos en su Unigénito Hijo Encarnado, partícipes de la vida divina y herederos de su gloria; rebelándose contra su Creador le dice: «No te serviré», en una respuesta de soberbia, ingratitude y menosprecio...?!

Ya que he comprendido de una manera sorprendente, sobrepasada, temblorosa y asustada ante la limitación de mi pequeñez y la nulidad y miseria de mi nada, que cuando Tú quieres una cosa, ¡oh mi Infinito y Eterno Poderío!, no es que la quieras aparte de Ti, como algo que piensas y quieres al modo que nosotros queremos y pensamos; no. Eres todo Tú en tu ser infinito y coeterno, sido y poseído en tu acto intercomunicativo de vida familiar y trinitaria, el que lo quieres, en la magnificencia del esplendor de tu gloria; la cual exige, por su misma perfección, respuesta, en la medida adecuada, de retornación de la criatura al Creador, de la nada al Infinito Ser.

Por lo que el alma que conoce a Dios, llena de reverencia, adoración y respeto, como en un cántico de reconocimiento y alabanza grita con los Ángeles del Cielo: ¡¿Quién como Dios...?!;

ante los Ángeles rebeldes que, en la locura de su insensatez, se rebelaron con Luzbel y como Luzbel contra el mismo Dios en su grito escalofriante y absurdo de: «no te serviré».

Por lo cual se abrió un Abismo insondable en el que fue precipitado Luzbel como un rayo, perdiéndose en la oscuridad tenebrosa de sus simas.

3-11-1976

BUSCANDO TU VOLUNTAD...

No sabe el entendimiento
hacer lo que Tú deseas,
y por eso, tropezando,
vamos marchando en la tierra,
buscando tu voluntad
y sin saber cómo hacerla.

¡Si captáramos tu modo,
que nos marca en línea recta,
de una manera sencilla,
eso que a Ti te recrea...!

Mas nuestras complicaciones,
siempre de obstáculos llenas,
no saben hallar tu ruta
en claridades repleta.

¡Queremos, y no sabemos...!
Nos es tan difícil verla
cuando buscamos cumplirla
no soltando lo que aferra,
cuando queremos hallarte
con nuestro modo y manera...

Es tan clara tu mirada,
tan amplia tu gran sapiencia
en horizontes eternos
de infinita transparencia,
que nuestra mente torcida,
envuelta en oscuras nieblas,

no acierta a ver tus caminos
de luz en divinas sendas,

grandes como el mar abierto,
límpidos en tu belleza,
transparentes como el agua,
sencillos cual tu excelencia.

Por eso, Jesús del alma,
cuando, llevada a tu alteza,
intuyo tu pensamiento
y capto tu ciencia eterna,

desaparecen los modos
de mi invalidez de tierra
y me embarga una paz dulce,
llena de tu omnipotencia,

de amor y gozo completo,
sabiendo, en tu lumbre excelsa,
que es sencillo aquel camino
que tu voluntad me muestra,
siendo yo quien lo complico
con mis maneras terrenas.

Y así queda oscurecido,
lleno de extrema pobreza,
de grandes contradicciones
y de aflicciones inmensas;
porque hay distancia infinita
entre aquello que Tú expresas,
siéndote Divinidad,
y mi modo al entenderla.

Señor de infinitos soles,
¡yo quiero tu pensamiento,
lejos de mi humana ciencia!

Del libro «Frutos de oración»

1.169. La muerte es la rendición del hombre ante Dios, que, con la destrucción de su ser, le dice: Tú solo eres de por Ti, y lo que no eres Tú, no es más que lo que Tú quieres que sea, en tiempo, realidad y ser. (8-5-70)

1.170. Un hombre muerto está diciendo a Dios con su destrucción, en demostración de su total impotencia: Tú solo eres. (8-5-70)

1.171. La soberbia del hombre termina con y en su destrucción el día de la muerte, sometiéndose al que Es, en manifestación de su nada ante el Todo, que para serlo todo, se es en sí y por sí mismo la resurrección y la vida. (8-5-70)

1.172. Gracias, Señor, por el descanso que me das, al saber que un día, con mi muerte, yo seré una demostración visible de que Tú solo eres, y de que yo no soy. (8-5-70)

1.173. El día que el hombre dijo a Dios que «no», murió; y con su muerte, en rendición total, clamó escalofriantemente: Tú solo eres, y todo lo que no eres Tú a Ti te está sometido. Yo hoy lo demuestro con mi destrucción y fracaso total, pues, si Tú no me resucitas, ya nada soy capaz de ser ni hacer. (8-5-70)

1.174. Señor, Tú que eres la resurrección y la vida, dátame a mí para poder volver a ser en Ti, por Ti y para Ti. (8-5-70)

1.175. La muerte es la consecuencia del «no te serviré», y la rendición del hombre, diciendo con su destrucción: Tú solo eres de por Ti, y yo dependo total y exclusivamente de tu voluntad; lo reconozco, en Ti espero. (8-5-70)

18-5-1971

¿QUIÉN PODRÁ
CONTRA EL DIOS VIVO...?

Dios mira desde lo alto,
en su eterno pensamiento,
dominando lo creado
y rigiendo el universo.

Todo le está sometido,
nada rompe su concierto,
cumpliendo la creación,
en todo y cada momento,
las leyes que puso Él
en las cosas y en el tiempo.

Dios mira desde lo alto,
con su poderío inmenso,
para dominar el mar,
para apaciguar el viento,
calmando las tempestades
con su señorío eterno.

* * *

¿Quién podrá contra el Dios vivo,
que domina el pensamiento,
que manda sobre la vida,
del cual dependen los cielos,
los abismos y los mares,

los torbellinos y el viento,
las estaciones del año,
el cambiar del universo,
la existencia del ser vivo,
la mantención de los tiempos...?

¿Quién podrá contra el Dios vivo...?
¡Oh necedad del soberbio
que se vuelve contra Él
en su pobre entendimiento,
sostenido en cada instante
por el poder del Inmenso,
por su hálito de vida,
para que siga existiendo...!

* * *

Dios mira desde lo alto
sin cambiar su pensamiento,
sosteniendo lo creado
y rigiendo el universo.

Roma, 10-4-1997

ALMA MÍA, ¡NO TE MIRES...!

Llena, inundada e invadida del santo temor de Dios, temblorosa y asustada, y con el único deseo de glorificar al Ser Infinito, que, como bandera de amor, campea en lo más íntimo y profundo de mi corazón, quiero expresar hoy [...] algo de la terrible y espantable vivencia que tuve el 24 de enero de 1960.

¡Gracia incalculable que el Señor me concedió, para mantenerme siempre en la verdad de mi nada, la ruindad de mi pequeñez y aplastada por mi miseria, ante la grandeza insondable de la riqueza infinita del que se Es, ultrajado y menospreciado por el «no» de la criatura ante el Creador! [...]

[...] El día 24 de enero de 1960, durante uno de mis ratos de oración [...], de pronto, en un momento, llena de sorpresa expectante, empecé a intuir, penetrar y comprender la grandeza de los Ángeles de Dios, creados con una naturaleza perfectísima para participarle de una manera muy profunda y muy elevada; siendo levantados a una sublimación tan alta para, sobrepasados y subyugados por la hermosura de

su Rostro, desplomados de amor, adorarle en reconocimiento de profunda reverencia, entonando cánticos de alabanza ante la infinita y coeterna Santidad de Dios.

Y, ¡de pronto!, apareció ante mi mirada espiritual un Ángel que, sobresaliendo entre todos en su hermosura por la capacidad de participación de Dios a la cual estaba siendo levantado por el mismo Dios en ascensión gloriosa para poseerle, se le denominaba «Luz Bella», recibida de la Luz Infinita que sobre él tan luminosamente se desbordaba desde los infinitos y torrenciales Manantiales de la Divinidad.

El cual [...], ante la expectación de mi alma llena de sorpresa y admiración, ¡subía..., subía..., subía...! por encima de los demás Ángeles, en la participación de la vida divina, a una altura inimaginable, como en un ascendimiento de predilección por parte de Dios.

De forma que mi alma lo contemplaba llena de respeto por aquel ascendimiento en que estaba siendo levantado en lanzamiento veloz de elevación tan subida, que le veía ascender, sublimado por encima de los demás Ángeles, hacia la posesión, en participación, del mismo Dios; siendo ésta tan esplendorosa y tan alta, que no había luz como su luz recibida del Sol divino.

Por lo que «Luz Bella» se denominaba aquella criatura llena de los resplandores del Sol eterno.

Penetrando y comprendiendo mi alma que aquel Ángel tan hermoso estaba siendo levantado por la voluntad de Dios y su mano omnipotente a una sublimidad tan grande en participación del mismo Dios, para que le poseyera, que no había hermosura como su hermosura ni belleza más resplandeciente entre los demás Ángeles; porque no había quien participara y reflejara al Infinito como él, al derramarse el Amor Eterno sobre aquella criatura, embelleciéndola, ennobleciéndola y llevándola a participar en aquel grado de sus perfecciones infinitas.

Y poseía a Dios ¡tanto, tanto, tanto! que, al mirarse y verse tan hermoso, tan sublimado y levantado por el mismo Dios; en un acto de complacencia desordenada, ensoberbeciéndose al verse tan hermoso, todo su ser angélico, en una locura de insensatez espeluznante e incomprensible, exclamó:

«¿Quién como yo...?!».

Y, volviéndose descaradamente hacia el Infinito Creador que tanto se había derramado sobre él, dijo: «No te serviré»¹.

Por lo que mi alma, sobrecogida por cuanto estaba viendo y comprendiendo ante el grito de rebelión de aquella Luz tan Bella; llena de terror, ¡de pronto! contempló que, ante la insensatez inimaginable e inconcebible de

¹ Jer 2, 20.

aquel: «¿quién como yo?!», «no te serviré»; en ese mismo instante, aquel ser tan encumbrado, perdiendo toda su hermosura y quedando monstruosamente ensombrecido y ennegrecido, cayó, con la rapidez de un rayo y como en un grito de alarido terrorífico de desesperación agónica, desde la altura a la cual había sido levantado, a un Abismo profundísimo e insondable, de negruras terribles y espeluznantes; que se abrió en aquel mismo instante ante la rebelión de aquella criatura contra su Creador que lo elevó, en un derramamiento amoroso de su poder y su bondad, por encima de los demás Ángeles a tanta participación de la misma vida divina.

Invasada de terror y espanto, y toda conmocionada, le vi desaparecer, lleno de desesperación, con la rapidez de un rayo en aquella profundidad profunda del cráter de aquel Volcán abierto que se tragó a la Luz ennegrecida, que había sido tan Bella, en las profundidades de su tenebrosidad; mientras que Luzbel, convertido en un diablo espeluznante, en una amargura indecible de desesperación eterna, se perdía en aquel Abismo abierto para él y para los que, como él, tan dislocada e insensatamente le dijieran a Dios: «no te serviré»;

quedando separados para siempre de la posesión del Infinito Bien, –con la que hubieran llenado todas las capacidades que Dios puso en su ser para que le poseyeran en el gozo dichosísimo de la felicidad de los Bienaven-

turados–; viviendo en la desesperación del que todo lo ha perdido ¡y para siempre! por la rebelión de la criatura ante el Creador.

El cual, derramándose en el esplendor de su magnificencia infinita y para alabanza de su gloria, los creó a su imagen y semejanza para que le poseyeran siendo un himno de reconocida alabanza, dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo.

Y cuando mi espíritu se encontraba sobrecogido de terror y espanto, todo tembloroso y acongojado por cuanto acababa de contemplar de la precipitación de Luzbel al Abismo que fue creado en aquel instante como consecuencia del «no» de la criatura en rebelión contra su Creador; ¡llena de sorpresa y sobrecogida de pavor!, comencé a ver que mi alma iba siendo levantada por Dios y llevada ¡por el mismo camino por el que había visto subir a Luzbel en participación de Dios, y del que le vi caer por su soberbia, al rebelarse contra la Excelencia infinita del Dios tres veces Santo en su: «¿Quién como yo?!»; «¡no te serviré!»...!

Y ¡despavorida, horrorizada y temblando...!, me veía subir... y subir... y subir..., ¡por el mismo camino y de la misma manera!, en transformación de Dios, a la participación de su vida divina.

Y cuando llegué al grado de participación de Dios al que Él había determinado levantar-

me, se grabó en lo más profundo de mi espíritu –dejándome sobrecogida de terror– como una frase sin palabras, que quedó y ha quedado inscrita y lacrada como a fuego para toda mi vida en la médula más profunda de mi ser:

«Esto quiero hacer contigo. Pero no te mires, porque, si te miras, como cayó él, caerías tú».

Entendiendo, en penetración y despavorida comprensión, que si me miraba ensoberbecida y desordenadamente en complacencia, podía caer en la insensatez de Luzbel, cegada por mi locura, y llegaría a la situación a la que él llegó con todas sus consecuencias [...].

¡Oh, [...] ¡cómo podré explicar [...] lo que esta pobre, miserable, desvalida y despreciable criatura experimentó en todo su ser...?!;

quedando sellada y como marcada para toda mi vida, impregnada y saturada de un santo temor de Dios, que lo considero una de las gracias más grandes que el amor misericordioso del Padre Celestial ha podido conceder a mi pobre, pecadora y desvalida alma, para, como dice la Escritura, «con temor y temblor obrar nuestra propia santificación»².

Y que me hace vivir, ante la excelsitud infinita del que me creó sólo y exclusivamente para que le poseyera, en un himno de alabanza; exclamando [...], llena de reverencia, adoración, amor y respeto, ante la excelencia de la

² Flp 2, 12.

sublimidad de la Santidad santísima de mi Trinidad Santa, desde la bajeza de mi nada:

¡¿Quién como Dios, que está a infinita distancia de todo lo creado; que es El que se Es, el único al que se le debe toda alabanza, honor y gloria en el Cielo, en la tierra y en el Abismo...?!

¡¿Quién como Dios...?! [...] ¡¿Quién como Dios, que tiene en sí, por sí y para sí, el poderío de potencia infinita de estarse siendo cuanto es en resplandores coeternos de consustancial Santidad...?! [...]

¡¿Quién como Dios, que hace temblar a los Ángeles del Cielo y a todo lo que es creado, por la magnificencia esplendorosa del que se es la razón de ser de su misma divinidad, estándosela siendo y teniéndosela sida, y razón de ser de todo cuanto ha sido, es y será; siéndose el infinitamente Distinto y Distante de todo lo que no es Él...?!

Porque..., ¡¿qué tiene que ver la criatura con el Creador, lo humano con lo divino, las cosas creadas con el Increado...?!

¡¿Quién como Dios, que tiene en sí, en su seerse eterno, la capacidad infinita y consustancial de serse y estarse siendo cuanto es y su misma subsistencia, por la infinitud de su suficiencia infinita que le hace ser Dios, el único Dios en posesión absoluta de su ser increado y eterno, por tenerse sido y siéndose en sí el poderío infinito y coeterno de serse su misma razón de ser...?!

¿Quién como Dios que es, en sí, por sí y para sí, todo cuanto puede ser en su señorío infinito; pudiéndose ser y estándoselo siendo todo cuanto, en infinitud, infinitamente puede ser en el instante sin tiempo de la Eternidad...?!

Eternidad que Él mismo se es sin tiempo, sin principio, sin lugar, sin fronteras; sin que nadie le pueda poner ni quitar nada a la excelencia subsistente de su ser, siéndose Dios por la perfección coeterna de su divinidad. Pues, por su capacidad y en su capacidad divina, encierra, por su subsistencia eterna, la potencia de serse Dios.

¡Dios es Dios por tener en sí su misma razón de ser por su ser suficiente, en suficiencia y subsistencia infinita en un acto coeterno, perfecto e infinitamente abarcado de vida trinitaria!

¿Quién como Dios que, por su seerse eterno, es capaz de ser el Creador de interminables e insospechados mundos y criaturas, según a su voluntad le plazca para la manifestación de su gloria...?!

¿Quién como Dios que es Creador irrumpiendo en creaciones que manifiestan el esplendor del poderío de la sublimidad magnífica de sus infinitos atributos y perfecciones; y que, en un reventón de sabiduría amorosa, saca de la nada seres creados a su imagen y semejanza, capacitándoles para que puedan llegar a participarle, por una benevolencia en manifes-

tación de su infinito poder, en el gozo dichosísimo de su misma vida divina: Ángeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, hombres...?!

Y todo aquello que Él deseara hacer, ¡potencia le sobra para poderlo realizar sólo con el deseo de su voluntad y el hálito de su boca en manifestación creadora!

¿Quién como Dios que tiene la plenitud de su serse Creador, no por lo que haya querido crear, sino por la potencia infinita que, en su serse Creador, se es y tiene, de hacer cosas finitas a imagen de su misma perfección...?!

Potencia que es lo mismo de rica, exuberante y plétórica, si creara que si no creara.

Teniendo Dios su grandeza, no en lo que haya hecho, sino en el poder creador de su fuerza que Él se es de por sí para manifestación de su gloria. Pues poderío le sobra para poder realizar todo cuanto pueda desear.

La criatura no es nada más que la expresión, en realidad existente, de una voluntad majestuosa del Ser Infinito que, derramándose en creación, la hace a imagen de su misma perfección para gloria de su Nombre. [...]

Por lo que mi alma ha quedado penetrada, invadida e inundada durante toda mi vida de un santo temor de Dios, que me hace repetir desde lo más profundo e íntimo de mi corazón:

«Alma mía, no te mires ni para bien ni para mal. Porque, si te miras, como cayó Luzbel, podrías caer tú».

Recordando también el día 8 de marzo de 1956, cuando, de muy distinta manera, estando haciendo oración ante la exposición eucarística del Santísimo Sacramento en el Convento de los Ángeles Custodios, Jesús mostró a mi pobre, asustada y desvalida alma lo que quería hacer conmigo y a través mía, para la manifestación del esplendor de su gloria; de forma que, aunque aparecería yo, sería Él el que lo realizaría todo descaradamente, tras la pobreza de mi debilidad.

Por lo que vivo suspirando anhelante, en mi búsqueda incansable e insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas, por el Día eterno donde contemplaremos a Dios sin poderle ofender ni poderle perder para siempre.

Ya que, al contemplarle cara a cara en el Día de las Bodas eternas, nos transformaremos, ante la luz de su semblante, de claridad en claridad en aquello que contemplamos.

9-9-1965

ESPERA

Quiero en nostalgia, sin saber qué...
Busco jadeante, sin encontrar...
Llamo, sin respuesta alguna...
Suspiro en mi silencio sordo...

Añoro en mi larga espera...
Lloro en mi noche, caminando...
y, ante mi angustioso vivir,
me responde en burla el silencio:

«Espera, espera aún en muerte...»

¿Esperar...? ¿Esperar en la noche,
colgada en el abismo sin luz...?
¡Qué duro es al Amor esperar,
cuando Éste me llama con su voz jadeante,
ante mi amor que busca, sin cansarse,
el Agua del eterno Manantial...!

Amor, ¿por qué, para dejarme, me reclamas
en torturas que piden la espera,
en destierro sin Sol, en sombras de muerte...?

«Espera, espera aún en prueba...»

* * *

¿Esperar, para mi amor que muere...?,
¿para mi espíritu reseco de llamar...?,
¿para mi alma que, hambrienta, desfallece...?,
¿para mi sed sedienta que pide jadeante
el Agua del eterno Manantial...?

¿Esperar...? ¿Esperar al amor secreto
que en mi alma abriste por hallarte...?
¡Qué duro es mi destierro en espera
que no puede ni sabe esperar...!

*«Espera... espera, esposa... ¡que aún
es pronto...!»*

3-8-1965

¡UN DÍA MÁS...!

Un día más
¡sin Ti
en tu luz
sin velos...!

Un día más en mi noche,
viviendo, sin vivir,
en espera
que suspira por Ti,
en amor...

¡Qué duro es mi tormento
en nostalgia que espera...!

Un día más...,
¡un día...!;
¡un día más sin Dios en sol...!,
en torturas de muerte,
en urgencias por verte,
en espera del fin;
en nostalgias que piden
el día del encuentro
en su eterno festín...

Un día más
¡sin Sol...!
Al fin, «un día más
en prueba»,
dirán los que no saben
mi hondura,

al verme suspirar,
sin luz.

Un día más
¿qué es...?:
Tortura que me hace esperar
día tras día
en mi noche,
en nostalgia amorosa
del día del Amor
en luz.
¡Qué duro es al amor
esperar un día más...!

Un día más, ¿qué es...?

28-9-1972

EL CAMINO DE LA VIDA

¡No hay compasión para mi pecho herido!

Risas..., carcajadas..., desprecios e incom-
prensiones escucho en torno mío, mientras mi
espíritu, agotado de tanto padecer, se siente
desplomado por el peso avasallador de la pe-
tición de Dios, que se hace dentro de mí to-
rrente de inagotables manantiales.

Silencios de muerte y respuestas de burla,
de indiferencia y de contradicción, hacen caer
a mi alma, desvanecida por su propio peso, en
la aniquilación en que el aparente fracaso de
su misión no recibida la pone.

¡No quiero expresar con frases que no dicen
lo que tengo, no quiero decir nuevamente, de
la manera que no es, lo que oprimo en el es-
píritu...! ¡No quiero ser profanada, incluso por
mí...! ¡No quiero, porque no puedo más...!

[...] En cuánta violencia se consume mi ser
y mi sed y mis ansias y mis apetencias y mis
clamores y mis nostalgias y mis peticiones y
mis melancolías y mis esperas... [...]

¡Qué soledad en el país de la vida...! ¡Qué
silencio a mi alrededor...! ¡Qué carcajadas más
burlonas de incompreensión y menosprecio...!

¡Qué misterio ante el descubrimiento majestuoso que la luz de la fe, llena de esperanza y caridad, recibida en el Bautismo por la vida de la gracia, abre a mi corazón acongojado...! ¡Qué deslumbramiento de verdad, de plenitud y de vida...! ¡Qué comunicación de amor y de derramamiento...! ¡Qué impulsos de esperanza en lanzamiento veloz hacia el encuentro del más allá...!

Estoy cansada de luchar; estoy agotada, me siento desfallecer... Se me acaban las fuerzas y me hundo en la agonía de mi soledad... Estoy acompañada y me siento sola en el país de la vida, porque busco anchurosidades de corazones sedientos, multitudes con ansias inmensas en esperas del Amor, y mi sed de almas se consume en la nostalgia clamorosa de la innumerable descendencia que me prometió el Señor, con clamores de muerte.

¡Cuánta mirada sobrenatural necesito...! ¡Qué fuerte ha de ser mi espíritu de fe...! ¡Qué inmensa la confianza de mi corazón...! Me muevo en la pena de no encontrar resonancia en el eco de mi canción.

[...] Yo conozco a Dios, entiendo sus misterios, penetro en su pensamiento, descubro su plan, sé su modo de ser y de obrar, y me siento abrumada por el desconcierto y la desolación que, en pavores de tiniebla, envuelven a la Iglesia...

No sé si me explico, ni casi lo intento. Hoy todo me da igual. Vivo en el silencio de mi corazón la apretura de mi espíritu acongojado.

Escucho en la lejanía carcajadas burlonas de desprecio y de incompreensión que se mofan de la Nueva Sión... Intuyo corazones soberbios, mentes oscurecidas, pensamientos ofuscados, pasos temblorosos, cobardía y respeto humano; apercibo concupiscencia, humanismo y desconcierto...; y traiciones asolapadas, que, por treinta monedas, con un beso entregan al Hijo del Hombre, como Judas, «al que más le valdría no haber nacido»¹.

Pero, ¿qué importa lo que yo aperciba, si el «Eco de la Iglesia» con ella se ha hundido en el silencio y, lloroso, rompe, sin fuerzas, en lamentaciones proféticas que son congojas en las apreturas de su corazón...?

¡¿Qué importa que la Iglesia con su «Eco» esté desplomada, llena de cicatrices y enronquecida en la canción infinita del Verbo que por ella deletrea a los hombres en tiernos, dulces y amorosos coloquios de amor sus eternas perfecciones, o esté aprisionando el afluente inagotable de las Fuentes de sus infinitos y coeternos Manantiales...?!

¡¿Qué importa para los que no han descubiertó los pensamientos luminosos de Dios...?!

¡¿Qué importa que la Iglesia envuelva su llanto entre sollozos, si los que no son Iglesia, con una furiosa y sarcástica carcajada ante un triunfo aparente que hoy es y mañana se hundirá en el fracaso espeluznante de la muerte y de

¹ Mt 26, 24.

sesperación, andan presurosos en el quehacer funesto de su destrucción...?!

¿Qué importa que los Apóstoles estén dormidos, si uno de ellos, Judas, está bien despierto; ya que «los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz»²...?!

Miro atemorizada, buscando aunque sólo sea una mano amiga que me brinde su amparo, su compasión y su apoyo, y descubro en la lejanía una carajada burlona, respuesta angustiosa a mi torturante petición...

Estoy cansada..., desalentada... Busco y no encuentro, y el eco de mi sollozar se pierde en el silencio de la incomprensión inmolante de mi incruento peregrinar.

¿Qué importa que el «Eco de la Iglesia» llore, si en la peregrinación de la vida todos tienen tanto que hacer que no hay lugar para escuchar el lamento, lleno de peticiones de Dios con clamores eternos, puesto en mi pecho dolorido...?

«Soledad que aterra,
voces del Inmenso,
secretos profundos
que guardo en silencio...

Soledad que aterra
en quejidos quedos
dentro de la hondura
que oprime el secreto...

² Cfr. Lc 16, 8.

Soledad que aterra
por su desconcierto,
contemplando al alma
llorando en su duelo...

Soledad que aterra
envuelve mi vuelo,
con incomprensión
que taladra el pecho.

Soledad que aterra
ahogada en lamento,
que, sin decir nada,
es noche de invierno...

Soledad que aterra,
profundo silencio
con respuesta muda
a cuanto deseo...

Soledad que aterra,
en dichos sin eco,
ya que, cuanto digo,
aumenta el tormento...

Soledad que aterra,
destierro desierto,
con voces que invitan
a volar al Cielo...

Soledad que aterra,
gemidos secretos,
torturantes penas
que sella el misterio...

*Soledad que aterra,
con recrujimientos
de agonías lentas
e hirientes lamentos...*

*Soledad que aterra,
¡da paso a mi vuelo!»*

18-4-1975

Hoy mi ser está hundido, y marcha como perdido, desplomado y despavorido, por el camino presuroso del encuentro del Padre...

Sí..., ¡¡el camino...!! Mi alma ha sorprendido, en un momento, con la rapidez de un rayo, penetrada por la luz del pensamiento divino, un camino que cruzaba ante mí: ¡El camino que conduce a todos los hombres al término dichoso de la luz, de la paz y del amor...!

Un camino anchuroso ha contemplado mi mirada espiritual, preparado por Dios para todos sus hijos, para que todos pasemos por él en nuestro peregrinar y lleguemos al término dichoso de la Luz... Un camino anchuroso por el que todos corremos: ¡el camino de la vida!, ¡el camino de la Nueva Jerusalén, a través del desierto para llegar a la Tierra Prometida...!

¡Qué bien lo comprendo...!, ¡qué bien...! ¡Qué claro y qué penetrante es hoy para mi espíritu acongojado la verdad sabrosísima, y a un mismo tiempo dolorosa, del descubrimiento del

camino que nos lleva al encuentro amoroso e infinito de nuestro Padre Dios...!

El destierro es el camino que nos conduce a la Eternidad. Dios, en su plan eterno, nos creó para Él, ¡sólo y exclusivamente para Él!; para que, poseyéndole, entráramos en su vida, viviéramos de su felicidad en la posesión de su gozo infinito, en la participación dichosísima de su plenitud. Y, con cariño y ternura de Padre, nos puso en el camino de la vida, por donde todos, sin interrupción, iríamos a Él.

En el término glorioso y triunfante de este peregrinar por el camino que nos lleva al encuentro de la posesión de Dios, están los Portones suntuosos y anchurosos de la Eternidad, abiertos para introducir por ellos a todos los hijos de Dios que lleguen marcados en sus frentes con el nombre de Dios y el sello del Cordero... Y en esos Portones de la Jerusalén celestial y eterna nos aguarda el Amor Infinito, en espera de la llegada presurosa de todos nosotros para introducirnos en la fiesta de las Bodas eternas.

Este es el sentido real del camino de la vida que Dios determinó para todos y cada uno de nosotros; pero el pecado, la rebelión, el «no te serviré» de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal, se interpuso y abrió una «brecha» en el término de nuestro peregrinar, entre el Cielo y la tierra, entre la criatura y el Creador, entre la vida y la muerte; donde está el Abismo,

consecuencia espeluznante del «no te serviré» de Luzbel. Un Abismo tan insondable, tan profundo, tan infranqueable entre la tierra y el Cielo, que imposibilitó a todos los hombres a introducirse airoosamente, al término de su peregrinación por el camino de la vida, en las mansiones suntuosas y gloriosas de la Eternidad.

Los Portones de la Eternidad, ante el Abismo que había abierto el pecado, se cerraron, y ya nadie podía poseer el Reino de la Luz, hacia el cual todos caminan, y único fin para el que hemos sido creados...

Pero Dios, en su infinita sabiduría, lleno de ternura y compasión, quiso establecer nuevamente su amistad con los hombres. El Amor Infinito se sintió impulsado en compasión misericordiosa hacia el hombre caído, de tal forma que el Padre envió a su Unigénito Hijo que, en y por la plenitud de su Sacerdocio, suspendido en el Abismo, entre Dios y los hombres, extendió sus brazos y, por el ejercicio de la plenitud de su Sacerdocio, lanzando un grito desgarrador de amor y misericordia, colgado entre el cielo y la tierra, exclamó: «Venid a mí, que Yo os introduciré en el Reino del Amor»; no sin antes haber abierto de par en par nuevamente con el fruto de su pasión sangrienta y su resurrección gloriosa, con sus cinco llagas, los Portones anchurosos de la Jerusalén Celeste.

«Tenemos un Sumo Sacerdote grande que atravesó los cielos, Jesús el Hijo de Dios...

Acerquémonos por tanto con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia y encontrar gracia, que nos auxilie en el momento oportuno»³.

Y ahí está Cristo, suspendido entre el cielo y la tierra, invitándonos con clamores de muerte, como único puente y tabla de salvación, a pasar por Él y con Él el Abismo insondable que el pecado abrió entre Dios y el hombre, entre la criatura y el Creador...

¡Oh...! Hoy, llena de sorpresa, repleta de luz, y desde el pensamiento divino, llena de sabiduría amorosa, veo y descubro cómo los hombres, en carrera vertiginosa, corren sin saber dónde hacia el día luminoso del encuentro del amor, de la justicia y de la paz.

¡Oh...! todos corren a la misma velocidad, todos van por el mismo desierto; pero ¿cuántos son los que alcanzan el día dichoso y glorioso del Reino de la Luz en conquista de gloria como triunfo del torneo? Todos llegan al término de su peregrinar, pero ¿quién cruza la frontera para introducirse en el Reino de la paz y de la felicidad...?

«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!»⁴.

³ Heb 4, 14. 16.

⁴ Mt 7, 13-14.

Hoy he comprendido en un momento, iluminada por las lumbres candentes que nos da la fe, de un modo sencillo pero profundo, lleno de sabiduría amorosa en aguda penetración que, como una espada afilada, se ha clavado en las pupilas centelleantes de mi espíritu, un camino por el que todos los hombres corriamos en carrera vertiginosa hacia el término del destierro, que es el encuentro de la felicidad eterna.

Camino que, ante mi mirada espiritual, me ha parecido muy corto por la velocidad apretada de los que por él pasaban, comprendiendo esta frase de la Escritura: «Para Dios mil años son como un día»⁵; ya que he visto pasar a batallones de millones de hombres de todos los tiempos por la vida en un momento, descubriendo la velocidad y la rapidez de nuestro peregrinar.

¡Oh qué momento...! ¡Cuánto he visto en este instante de luz...! ¡Qué pequeñito, qué pobre, qué corto he visto el camino de la vida...!

¡Qué poca trascendencia la de los cálculos inimaginables de los hombres...! ¡Qué fugaz todo lo que encierra la vida...! Todas las cosas como si no fueran; con un solo sentido: correr presurosamente al encuentro del Reino de la Luz como dice el Apóstol: «Corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús»⁶.

Y es tan fugaz todo lo que sucede en este caminar presuroso para conseguir el premio,

⁵ Sal 89, 4 = 2 Pe 3, 8. ⁶ Flp 3, 14.

¡tanto!, que, ante mi mirada espiritual, como si no existiera; ¡tanto!, que la vida de todos los hombres de todos los siglos pasó en un instante; ¡tanto!, que todos los siglos con toda la llenura de sus días y de sus realidades, se encierran en un abrir y cerrar de ojos para el pensamiento de Dios y la mirada espiritual de aquellos a quienes les son descubiertos esos mismos pensamientos bajo la luz candente y luminosa de la fe...

¿Qué es la vida...? Un abrir y cerrar de ojos en carrera vertiginosa hacia la Eternidad.

Y ¿qué es la Eternidad...? La repletura de existencia que saturará en realidad existente, en un «para siempre» de felicidad y llenura en gozo del Infinito, todas nuestras capacidades creadas y abiertas a la posesión de Dios por la llenura del Sumo Bien.

Sólo un sentido le he visto a la vida del hombre: correr airoso hacia la meta para encontrarse al final con Cristo y Éste crucificado y glorioso por el triunfo de su resurrección, y ser introducidos por Él en el gozo del Padre.

Todos corremos por ley de vida y vamos dejando detrás lugar a otros que también vienen corriendo y como empujándonos ante la velocidad de los que apremiantemente les impelen en carrera veloz, corriendo tras ellos para ocupar el puesto que, en su pasar, van dejando a los que presurosamente van llegando en el cruzar por el camino de cada hombre...

Todos llegamos, unos antes, otros después, a las fronteras de las infinitas claridades del Sol Eterno...

Al llegar a esa frontera, hacia la cual vertiginosamente vamos presurosos, al término de la vida –¡oh sorpresa llena de estupor!– descubrí que unos paraban en seco: son los que aún están a tiempo de reflexionar, los que, al término de su peregrinar en su carrera vertiginosa, han descubierto una ráfaga de luz.

Otros, ¡oh terror!, en su vertiginosa carrera, en su alocada obstinación, en su inconsciente caminar, caen al Abismo –que fue abierto para Luzbel y sus secuaces por su rebelión de «no te serviré»– con la velocidad y trepidez de un rayo, perdiéndose en las profundidades escalofrantes de los senos del Volcán abierto, llenos de terribles alaridos ante la desesperación eterna de saber que han caído allí sin poderse parar ni retroceder ni volver, ¡y para siempre!

¡Y cómo caían...! ¡Caían...! ¡Caían...! entre angustiosos alaridos de muerte e inimaginable desesperación en aquella oscuridad sin fondo, en aquel Abismo insondable, al cual mi alma, presurosa y despavorida, intentó mirar; mas no le veía el fin, por su tenebrosa y profunda oscuridad...

¡Caían al Abismo...!

Mientras que los que iban con la mirada puesta en Dios, los que corrían buscando el camino cierto y seguro de la voluntad divina llegando a las fronteras del Abismo, lo cruzaban

bajo la sombra del Omnipotente y la brisa de su cercanía, pasando enseñoreadamente, como en vuelo, el Abismo insondable que, interponiéndose en el camino de la vida, nos separa de la Luz...

Pero para pasar del destierro a la Vida, de la oscuridad a la Luz y franquear el Abismo insondable, hay que descubrir a Cristo colgado sobre el Abismo, con ojos candentes, iluminados por la fe e impelidos por la esperanza, y escuchar su clamoroso ¡«Venid a mí!»⁷; y lanzarnos a través del vacío con la esperanza puesta en el paso luminoso de su misericordia infinita.

Y este Abismo hay que cruzarlo volando, con alas de águila que nos aseguren un franqueo seguro a la mansión del Amor...

¡Cuántos van corriendo sin prevenirse de sus alas...! ¡Cuántos van corriendo alocados hacia el fin...!: Unos sorprendentemente caen al Abismo en su rebelión dislocada y obstinada, como Luzbel, de «no te serviré»; otros, que aún estaban a tiempo de reflexionar, se paran en seco ante la impotencia de poderlo franquear; mientras los que, purificados y lavados con la sangre del Cordero, que llegan de la gran tribulación, los hijos de la Luz, cruzan el Abismo con la velocidad de un rayo, porque son hombres con alas grandes de águila, que van presurosos ante la voz de Cristo colgado en el Abismo para cruzar por Él las fronteras que nos separan de la Eternidad.

⁷ Mt 11, 28.

¡Qué claramente contemplaba, comprendiéndolo bajo las lumbreras de los soles del pensamiento divino, que el Abismo es el infierno donde caen los hombres insensatos al término de su carrera vertiginosa, por decirle a Dios que «no» en su grito de rebelión en descarado inconcebible contra el Creador!

Las alas de águila son la mirada sobrenatural, la búsqueda de Dios, el encajamiento en su plan, y la caridad, los Sacramentos, los dones y frutos del Espíritu Santo, que nos hacen andar por la tierra como en vuelo sin ensuciarnos en su fango; capacitándonos para correr por encima de las cosas creadas, con ojos candentes capaces de descubrir la eterna sabiduría. Porque la sabiduría de Dios en el alma que la posee es como llamas encendidas, como saetas impelidas por el amor y como flecha afilada que, introduciéndose en lo más profundo del ser, penetra toda la vida del hombre, dándole a conocer la verdad del plan divino y proporcionándole la fuerza que necesita para seguirle hasta el final.

¡Qué extraña es mi vida...! Hoy me ha sido descubierto en un momento un camino rápido, breve, por el que todos los hombres corrimos velozmente. Todos a un mismo paso; ninguno, aunque quisiera, se podía rezagar: son los días de la vida. Ninguno íbamos más ligeros ni más despacio; todos en una misma velocidad, en una marcha simultánea y además en una marcha que era vertiginosa y, por lo tanto, pronto daría con su fin.

Pero en esta marcha unos se van refregando y ensuciando en el lodazal del mundo: «nubes sin agua arrastradas por los vientos; árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas; astros errantes, a los cuales está reservado el Abismo tenebroso para siempre»⁸; y que, al llegar al término y encontrarse con el Abismo que les separa de su fin, en su alocada y desconcertante carrera, caen de improviso en ese Abismo tenebroso e insondable de terrible amargura y desesperación eterna, sin detenerse a reflexionar.

Mientras que los segundos, que van con sus alas extendidas sin mancharse en el lodazal, siguen adelante por encima del Abismo, lo pasan, lo cruzan velozmente dejándolo atrás, porque caminan impelidos por la voz del Amor Infinito que, colgado en el Abismo, clavado entre Dios y los hombres, les reclama: «Venid a mí». Y con Él y por Él se introducen en la mansión de la Luz, de la Vida y del Amor...

También hay unos terceros que, parándose en seco al borde del Abismo, están a tiempo de reflexionar.

Todos corremos a una misma velocidad, aunque no todos llegaremos a un mismo término, a pesar de que el término que Dios quiso para todos es el mismo; pero no lo pueden conseguir sino aquellos que, viviendo de lo so-

⁸ Jds 12b-13.

brenatural mediante la vida de la gracia y bajo el ímpetu del Espíritu Santo, tienen alas, y alas de águilas reales, que les hacen capaces de franquear el insondable Abismo que existe entre la Vida y la muerte, entre la tierra y el Cielo.

¡Extraña concepción de la vida la que hoy, en un momento, he descubierto...! ¡Extraña intuición que me ha enseñado nuevamente lo fugaz de las cosas, el modo apresurado en que se desliza todo, y la necesidad de buscar sólo a Dios para franquear triunfantemente en conquista de gloria el Abismo que se antepone a la Luz.

Abismo cortado en seco, inmensamente profundo, ¡tanto, que no se le ve el fin!; por lo que sólo con alas inmensas de águila podrá ser atravesado.

Oigo carcajadas en la lejanía... carrera en tropel... camino de vida... Porque es el camino de la vida por el que vamos todos, porque es el destierro el camino que nos lleva a la Vida, por el cual no todos van de la misma manera, aunque sí todos corremos a la misma velocidad...

¡Son alas de águila las que necesita mi corazón dolorido, para correr al encuentro del Amor...! Pero oigo, en el caminar de mi vertiginosa peregrinación, carcajadas burlonas de desprecio e incompreensión, que me hacen estremecer, ante cuanto se ha descubierto hoy a mi mirada espiritual, en lo más profundo de la médula del alma.

¡Qué corto es el camino...! ¡Qué cerca está el Abismo...! ¡Qué infranqueable sin alas de águila...! Y las alas sólo el amor, el sacrificio, la renuncia y la vida de fe, esperanza y caridad, los Sacramentos con los dones y frutos del Espíritu Santo, son capaces de darnoslas; alas de águila que nos lleven a la esperanzadora luz del Amor:

«Si tu mano te escandaliza, córtatela; mejor te será entrar manco en la Vida que con ambas manos ir al Abismo, al fuego inextinguible, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga. Y si tu pie te escandaliza, córtatelo; mejor te es entrar en la Vida cojo que con ambos pies ser arrojado en el Abismo, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo; mejor te es entrar tuerto en el Reino de Dios que con ambos ojos ser arrojado en el Abismo, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga»⁹.

¡Qué corto es el camino...! ¡Qué velocidad la de sus caminantes...! ¡Qué insensatez la de la inmensa mayoría de los que por él caminan...!

¡Alma querida, abre tus alas y ensancha el espíritu, porque Dios está cerca...!

La vida es contraste
de pena y de gozo,
del día y la noche,
de frío y calor,

⁹ Mc 9, 43-48.

en honda nostalgia
que espera, en llenura,
calmar las harturas
de su corazón.

La vida es contraste,
llena de apetencias,
en busca constante
de un día de sol;
pues nada es tan triste
cual la noche helada,
de nubes cargadas,
sin sentir calor.

Saetas hirientes
que van y que vienen
y que se introducen
en el interior,
grabando en el alma
cauterizaciones
de gozos y penas
por la incomprensión...

La vida es camino
que lleva al Inmenso,
y va entretejiendo,
en su contención,
días de verano
con noches serenas,
y días de invierno
llenos de pavor.

Mi alma, adorante,
contempla el misterio

del Cielo y la tierra;
¡profundo dolor!

Vivo en el Inmenso
dentro de su hondura,
y estoy en el suelo
de la destrucción...

Soledad que aterra,
dulce compañía,
contrastes que envuelven
nuestro caminar...

Nada hay tan secreto,
tan dulce y sagrado,
como un alma orando
en su soledad.

Dios llama a la esposa
siempre y sin cansarse,
con invitaciones
a su intimidad;
y ésta se remonta,
cargada de amores,
en prontas respuestas
de fidelidad...

Él le corta el paso
cuando ella se lanza,
y le dice quedo:
Has de retornar;
recoge gavillas,
llena tus graneros,
repleta tu seno
de fecundidad.

Y así, con los frutos
de nuestros amores,
cuando pase el tiempo
de tu caminar,
te abriré mi pecho,
repleto de dones,
para que tú gustes
mi divinidad,
sin que nada impida
abrir los Portones,
ahora sellados,
de la Eternidad.

¡Oh! qué día, entonces,
Esposo divino,
cuando Tú me llames
con premura tal,
que yo te responda
repleta de dones:
¡Voy, Amado mío,
no te haré esperar!

Ahora tus latidos
teclean mi alma
y trenzan romances
de un mutuo besar.

Reposa, mi Esposo,
en mi alma amante
que he de descansar,
sabiendo apoyar,
así con mis hijos,
mi frente en tu pecho,
para que Tú gustes
de este reclinar.

Mi Jesús glorioso,
Tú y yo nos miramos
el uno en el otro,
¡honda intimidad...!

Con tiernos amores
y henchidos de gozo,
los dos nos decimos
en tu palpar:

¡Te amo, mi Amor...!
y así nos gloriamos,
Amador eterno.

¡Qué dicha! ¡Qué hondura! ¡Qué paz!

31-3-1976

1-6-1994

EN EL INFIERNO Y SIN DIOS ¿QUÉ HARÍA MI POBRE ALMA?

Hoy deseo referir,
aunque me encuentre cansada,
lo que un día me ocurriera
de manera inesperada:
algo terrible y feroz
que en mi vida se grabara;
y en mi alma se imprimió
que el Señor me lo mostraba.

¡Sin saber cómo esto fue,
en el infierno me hallaba...!
¡Qué terror!, hijos queridos,
¡qué amargura más amarga...!,
¡con qué desesperación...!;
la esperanza era pasada.

Ya todo se terminó.
Liberarme no lograba
de aquel terrible terror
de los que allí se encontraran.

Y aunque no sé cómo fue,
allí mi alma llegara,
para poder expresar
el pavor que me inundaba.

¡Oh qué desesperación...!,
¡con negrura insospechada!,
sin poderse liberar,
aunque se forcejeara.

Y me intentaba escapar,
 mas me encontraba apresada
 en lóbrego calabozo,
 ¡oprimida...!, ¡atenazada...!
 Y tanta angustia sentía
 que ni respirar lograba.
 ¡Qué negrura...!, ¡qué tiniebla...!
 ¡Cómo me desesperaba...!
 esto se grabó muy hondo,
 muy profundo en mis entrañas.

Y en mi desesperación
 luchaba, por si lograra
 escapar de aquel terror
 que toda me esclavizaba;
 ¡y con terribles horrores...!,
 ¡con monstruosos fantasmas...!,
 que, aunque caras no tenían,
 muy bien que los barruntaba.

¡No me podía escapar...!
 Cerrado todo se hallaba;
 como con garfios cogida.

La manera no encontraba
 de romper aquellos hierros
 que tanto me atenazaban.
 Y luchaba en mis afanes
 de encontrarme liberada.

En un silencio muy sordo
 mis gemidos se quedaban.
 ¡Gemidos desesperantes!
 Perdió mi alma al que amaba;
 ya jamás lo encontraría.
 Pues, a este lugar lanzada,

nunca me liberaría;
 ¡en el Abismo me hallaba...!

¡Oh qué desesperación
 y oscuridad me anegaban...!

En el infierno y sin Dios,
 ¿qué haría mi pobre alma...?
 ¡¿Cómo habría allí caído...?!

El modo no me explicaba;
 pues me encontré de repente,
 cuando menos lo esperaba.

Y por mucho que te diga
 para que lo penetraras,
 jamás podrás comprender
 lo que yo experimentara,
 cuando al infierno llegué
 sin saber cómo llegara;
 pero en él debí caer
 de manera inesperada.

En mi desesperación,
 voló al Cielo mi mirada,
 y en mi amargura decía:
 ¡Aquí me encuentro encerrada!,
 y no sé cómo esto fue,
 ni por qué agujero entrara.

¡Pero era para siempre...!,
 ¡la duda no me quedaba!
 Había perdido a Dios,
 y no existía un mañana
 para correr donde Él,
 tanto como lo añoraba.

¡Mi pérdida era por siempre!
 así lo experimentaba.

No lograría salir,
por más que forcejeara,
de aquel terrible lugar
donde estaba condenada.

Había perdido a Dios
y estaba desesperada,
sin saber cómo caí
en el lugar que me hallaba.

¡Y lo más terrible era
que esperanza no quedaba...!
Aquello era para siempre,
porque el tiempo no pasaba;
aunque el tiempo no existiera
en aquella muerte extraña.

Y por más que lo dijera
y, forzándome, expresara,
no describiré el lugar,
sin ser lugar, en que estaba.

Era algo tan extraño,
que en mi agonía no hallaba
la manera de decirlo,
aunque mucho me esforzara.

Porque la misericordia
para aquellos no contaba,
pues habían abusado
de cuanto Dios les donara;
y el tiempo había pasado
para que se aprovecharan
de la Sangre del Cordero,
que en la cruz fue derramada
para redimir al hombre
que con ella se limpiara.

¡Se había perdido todo!
¡no existía la esperanza!
sólo desesperación,
en una amargura tanta,
que jamás podré decirlo
por mucho que lo intentara.

Esto fue lo más terrible
que en mi vida me pasara.
«Alma mía, no te mires...»
más pequeño se quedara;
porque esperanza tenía,
si al Señor no defraudaba
del modo que Él lo imprimía
en el centro de mi alma.

Y aunque fuera unos momentos,
¡ya allí por siempre me hallaba...!
Esa era la experiencia
que toda me penetraba.

¡Y fue como mucho tiempo...!,
porque el tiempo no pasaba.
Me encontraba en el infierno,
y condenada me hallaba
con aquellos condenados
que en aquel lugar estaban.

Pavorosa oscuridad
a todos nos embargaba.
Allí nada se veía;
unos con otros chocaban
por la desesperación
que tanto desesperaba.

¡Y yo estaba con los diablos!
Así lo experimentaba.

Ellos ya me poseían
con odio que desfogaban
para vengarse de mí,
y al fin me martirizaban.

¡Oh qué terrible mazmorra!,
donde yo intentar gritaba
para implorar al Señor
que viniera y me sacara
por su coeterno poder.
Otra cosa no bastara,
pues, sin saber su porqué,
en el infierno me hallaba.

Y aunque muy bien comprendía
que ya estaba condenada,
gritaba muy fuertemente
por si el Señor me escuchara,
y su potencia divina
su compasión me mostrara
—aunque no fuera posible
que de allí me rescataran—;
y al fin su eterna clemencia,
en ternura se mostrara
y, al mirar a su pequeña,
alguna manera hallara.

Por una misericordia,
que en este lugar no entraba,
yo fui sacada de allí,
cuando menos lo esperaba,
por el poder infinito
de Aquél que tanto me ama.

Veo que me liberé
de lo que nadie lograra;

pues ya no puede salir
el que se precipitara
en el Abismo insondable,
de negrura insospechada.

Pues te agarran fieros garfios
para que no te marcharas;
porque aquel que cae allí,
ya para siempre se halla.

Yo no sé cómo salí
y así hoy te lo contara.
Tal vez fuera para esto
para lo que allí llegara.

Mas por mucho que te diga,
jamás decirlo lograra;
pues no se puede decir
lo que yo experimentara
aquel día que caí
en el infierno, y probara
de la desesperación,
que aquellos que allí se hallaban
tienen por saber que a Dios
ya jamás nunca alcanzarán,
y que todo lo han perdido
cuando menos lo esperaban,
por rebelarse al que Es
de forma deliberada.

Por eso, cuando me vi
que allí dentro me encontraba
y no podía salir
ni extender mis grandes alas,
porque todo me oprimía
para que no lo lograra;

en la desesperación
que experimentó mi alma,
comprendí que en el infierno
esperanza no quedaba,
porque aquellos que caían
nunca más se liberaban.

Y yo caí, hijos queridos,
para que te lo contara;
y por eso me salí,
cuando lograrlo no hallaba.

Mas de pronto me encontré
que ya estaba liberada,
aun sin saber cómo entré
ni de qué modo escapara.

Esto duró poco tiempo.
Dios quiso que yo probara
aquel terrible tormento
y a los hombres lo contara.

¡Y me liberó corriendo...!
Él mismo no soportaba
que estuviera mucho tiempo,
pues poco necesitaba
para que yo lo supiera
y allí lo experimentara,
y nada quedara oculto
que no dijera mi alma:

nada de cuanto Él quería
que yo les manifestara
a los hombres de esta tierra
antes que al Cielo marchara.

Esto nunca os lo conté
como ahora lo explicara,

por no saber cómo hacer;
pues la manera no hallaba
para poderlo exponer
con la palabra creada,
descifrando los tormentos
de quien contra Dios se alza
y se hunde en el infierno,
perdiendo toda esperanza.

Me gusta tanto decirte,
hijo de mi Iglesia amada,
las cosas del Infinito,
las que Él mismo me enseñara,
que cuando te he de expresar
lo que antes te contara,
me resisto, hijo querido,
por si bien no lo explicara,
y creyeran que era poco
aquello que me pasara
el día que en el infierno
me sintiera condenada.

Cada vez que lo recuerdo
y sus terrores me espantan,
quiero dejarlo en silencio,
sin que jamás descifrara
los tenebrosos tormentos
que mi espíritu encontrara,
con la desesperación
en que me desesperaba,
queriéndome liberar,
y ni esperanza encontraba;
¡mientras que rompía en gritos,
sin haber quien me escuchara...!

Hijo, por más que lo digo,
no expreso lo que pasara
cuando me hallé en el infierno,
de donde fui rescatada
por la mano del Eterno.

Él ya más no soportaba
que allí estuviera más tiempo
en desesperanza tanta,
porque le había perdido
y nada ya me importaba;
sólo poder liberarme
de la mazmorra lacrada
con garfios de duros hierros
que dentro me atenazaban.

Mas no quiero repetir
lo que no tiene palabras.
No son cosas de la tierra;
con su fin, éstas se acaban.
¡Aquello siempre perdura...!

Y el Señor, que me llevara
para que te lo dijera
y a los hombres lo explicara,
con su poder infinito
y por su amor me sacara.

Sin saber cómo esto fue,
yo me encontré liberada
de la oscuridad oscura
que el infierno atenazaba.

Veintisiete años tenía
cuando esto me pasara.

Vente conmigo a las Bodas
que hace rato te explicaba.
Ensancha tus alas grandes,

que aún en la tierra te hallas
sin caer en el Abismo,
pues de allí nadie se escapa.

A mí el Señor me llevó,
y Él mismo me liberara.
Esto ha sido un gran milagro
que el Omnipotente obrara
con mi alma pequeña,
que aquello no soportaba,
y se volvía llorando
para que Dios la sacara.

Y con su brazo potente,
lleno de ternura tanta,
me cogió de aquel lugar,
y a su seno me llevara
un dieciocho de marzo
después de que esto pasara.

Pues fue antes, hijos míos,
cuando esto experimentara.
Y así Dios me preparó
para que le contemplara
en su júbilo de amor
y en su seno me adentrara.

Vente conmigo a las Bodas,
tu alma está liberada.
Mientras mores en la tierra,
con cuidado has de pasarla,
por si pudieras caer
y todo lo estropearas.

Vente conmigo a los Cielos,
la libertad te reclama
en el festín coeterno
de la Trinidad Sagrada.

Corre a mi alma, hijo mío,
antes de que al Cielo parta,
y cuando ya haya volado
recuerda mis enseñanzas.

Te necesito a mi lado
en el lugar que me vaya,
pues eres mi descendencia,
la que Dios me encomendara
para llenar la misión
que en la Iglesia me donara.

Vente conmigo a la Gloria,
y deja las cosas vanas.

Esta experiencia que mi pobre alma vivió en un tiempo brevísimo para que lo manifestara, ha dejado mi vida lacrada para siempre.

Hoy, día 28 de mayo de 2001, al transcribirlo, me viene al recuerdo que a algunos Santos Dios les mostró el infierno de una u otra manera, con sus terroríficos tormentos y la situación espeluznante en que se encuentran los condenados, y manifestaron lo que allí vieron y oyeron. Entre ellos los Niños de Fátima, Santa Teresa de Jesús y Santa Faustina, recientemente canonizada.

Cosa que nos debe llevar a todos a vivir llenos de santo temor de Dios, ya que, aunque «muchos son llamados, son pocos los elegidos»¹; y a estar en vela porque «a la hora que menos pensemos vendrá el Hijo del Hombre»².

¹ Mt 22, 14.

² Cfr. Lc 12, 40.

3-10-1972

ALAS DE ÁGUILA

Es corto el camino que conduce a la Vida. Es corto porque están contados los días de los hombres que por él caminan. Es corto porque estamos creados para la Eternidad, para el día luminoso de la Luz, para el encuentro del Padre, y este camino que nos conduce a la Patria es sólo camino, peregrinación a través del desierto que nos lleva irremisiblemente a las fronteras del más allá.

Se ha grabado en mi mente, en mi corazón dolorido por la dureza de la vida, por la incomprensión de los hombres, por la traición de muchos que se llamaron míos, por la carajada de los que me desprecian y por la muchedumbre de los que no me reciben...; sí, se ha grabado, ante mi mirada asombrada, un camino corto por el que todos caminábamos presurosos: eran los días de la vida en el desierto.

Tan presurosos caminábamos, que vertiginosamente corríamos en velocidad simultánea, sin podernos detener ni poder tampoco adelantar, puesto que el tiempo es una medida para todos igual.

Y al llegar al fin del destierro, al terminarse los días de nuestra peregrinación, he visto un corte en seco ante una frontera; un Abismo insondable, al cual no se le veía el término en profundidad, en hondura. El que allí cae, cae para siempre; jamás podrá salir, porque la profundidad de su seno es insondable, porque la fuerza de su atracción, por lo tanto, es irresistible.

«Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes. Un pobre, de nombre Lázaro, estaba echado en su portal, cubierto de úlceras, y deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras.

Sucedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los Ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

En el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos y vio a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que, con la punta del dedo mojada en agua, refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas”.

Dijo Abraham: “Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado. Además, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, de manera que los que quieran atravesar de aquí a vosotros no pueden, ni tampoco pasar de ahí a nosotros”.

Y dijo: “Te ruego, padre, que siquiera le envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormento”.

Y dijo Abraham: “Tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen”.

Él dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia”.

Y le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita”¹.

Sí, carrera vertiginosa y gente que en tropel corría presurosamente... Y al llegar a la boca profunda del Volcán abierto de la perdición, una parte caía en la profundidad de aquel Abismo que se los tragaba con la fuerza de un huracán, perdiéndose para siempre, ¡para siempre! y como de sorpresa ante mi mirada espiritual.

Otra, paraba en seco; tal vez aún tenía tiempo de reflexionar...

¿Era capaz este segundo grupo de pasar el Abismo...? No sé cómo; porque, para pasarlo, eran necesarias alas y alas grandes, fuertes, alas de águila, acostumbradas a volar muy alto y superar inmensos abismos y grandes peligros...; ya que a Dios no se le puede poseer si no se

¹ Lc 16, 19-31.

llega con alas de águila que, levantándonos hacia Él, nos hacen capaces de vivir por participación de su misma vida, siendo hijos suyos, y herederos de su gloria.

¿Cómo pasaría entonces este segundo grupo que no estaba prevenido con sus alas...? ¿Quién le daría alas de águila para volar...? Tal vez los Sacramentos..., un acto de amor puro..., un rayo de luz que los transforme, como al buen ladrón, haciéndoles reaccionar ante la realidad dramática de su situación de forma que puedan cruzar el Abismo...

«Por mi vida, dice el Señor, Yahvé, que Yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que se retraiga de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué os empeñáis en morir, Casa de Israel?»

Y diciendo Yo al impío: “De cierto morirás”; si él se convierte de su pecado e hiciere juicio y justicia, ciertamente vivirá, no morirá. No se recordará ninguno de los pecados que comió; hizo juicio y justicia, y de cierto vivirá. Y dirán los hijos de tu Pueblo: “No es recta la vía del Señor”. “¡Las tuyas sí que no son rectas! Si el justo se aparta de su justicia y hace iniquidad, morirá por ésta; y si el impío se aparta de su iniquidad y hace juicio y justicia, por eso vivirá. Y decís: ‘¡No es recta la vía del Señor!’ Yo os juzgaré, ¡oh Casa de Israel!, a cada uno conforme a sus caminos”².

² Ez 33, 11. 14. 15b-20.

Aunque la inmensa mayoría, aun después de haber cruzado el Abismo, tendrán que purificarse para poder llegar a poseer a Dios. Ya que, en el transcurso del peregrinar por el lodazal de esta vida, no tienen sus túnicas completamente lavadas y purificadas con la Sangre del Cordero, mediante la cual, «aunque nuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve. Aunque fueran rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana»³.

Pues, para participar de Dios según el modelo del que, mirándose en lo que a Él le hace ser Dios, nos creó a su imagen y semejanza para introducirnos en la intercomunicación familiar de su misma vida divina; tenemos que hacernos conformes a Él. Ya que, «en su luz veremos la Luz»⁴, transformados de claridad en claridad en aquello que contemplamos;

quedando transluminados ante el resplandor de su gloria, y siendo, con todos los Bienaventurados, respuesta de adoración reverente, en un acto de amor puro, a la Santidad intocable del Dios tres veces Santo; al cual no se le puede poseer entrando en el Convite eterno sin traje de Bodas.

Y de tal forma es esto, que el alma, una vez liberada de la esclavitud del cuerpo, penetrada por el pensamiento divino, al no encontrarse preparada y capacitada para poseer a Dios, ins-

³ Is 1, 18.

⁴ Cfr. Sal 35, 10.

tintivamente buscaría su propia purificación, en su grito de: ¡¿Quién como Dios?!, ante la necesidad de llenar el fin para el cual ha sido creada.

Abrazando amorosamente aquel nuevo regalo que el Eterno le hace por medio del Purgatorio, para poder llegar a poseerle eternamente, hecha una con Cristo, y Éste crucificado, que, por el triunfo glorioso de su resurrección, nos introdujo en los umbrales de la Eternidad.

Por lo que el Purgatorio es una nueva donación de Dios derramándose en misericordia, llena de compasión, amor y ternura; para que la criatura pueda purificar cuanto en su peregrinar, por falta de amor y correspondencia, arrastrada por sus propias pasiones, llenas de torceduras, la desfiguran tanto, que la imposibilitan para su encuentro definitivo con Dios.

Siendo el Purgatorio como el «lugar del desamor» donde están los que, por no haber procurado realizar la voluntad de Dios, torcieron sus caminos y, aún sin descarriarse del todo, no respondieron en retorción amorosa a las donaciones infinitas del que, «amando a los suyos, los amó hasta el extremo»⁵.

No sé cómo este grupo, que se paraba en seco ante el Abismo, se procuraría sus alas para atravesarlo...; ya que, sin alas de águila real, no

⁵ Jn 13, 1.

se puede cruzar el Abismo insondable que separa esta vida del día luminoso de la Luz.

Y el tercer grupo, que camina a lo largo del destierro sin ensuciarse en el lodazal del pecado, que lo pasa como en vuelo, con su mirada puesta en Dios, con su corazón poseído por el Infinito, con su mente iluminada por la Eterna Sabiduría y con su alma poseída por los dones y frutos del Espíritu Santo; en una palabra: con una mirada sobrenatural que envuelve y penetra todos los caminos de su ascensión hacia el encuentro del Padre y que les hace vivir una vida de fe que espera incansable, impelida por el amor, la promesa de los hijos de Dios; éstos son los que pasan triunfalmente el Abismo infranqueable de la perdición.

¡Terriblemente impresionante es la vista de los que caían en el Abismo...! Pero no menos impresionante la de aquellos que, llegando a las fronteras de la Eternidad, al término de la vida, tras el Abismo, vislumbran una luz centelleante que, con el imán de sus candentes llamas, atrae hacia sí irresistiblemente a los hombres que, con ojos penetrantes de sabiduría divina, descubren la luz del Día eterno del Amor...

¡Qué alegría ver aquel cortejo glorioso de los «que vienen de la gran tribulación», viviendo como en vuelo por el destierro sin mancharse ni arrastrarse por el lodazal de la vida, y extendiendo sus grandes alas, casi sin apercibir-

lo, remontan su vuelo y pasan enseñoreándose a través y por encima del Abismo; y al final son introducidos por Cristo en aquella Luz candente e infinita de gozo, de felicidad, de bienaventuranza y de posesión eterna...!

¡Se abrieron los Portones de la Eternidad para el águila real que viene del destierro a introducirse en la cámara nupcial del Esposo...! ¡Se abrieron los Portones que la introdujeron para siempre, ¡para siempre!, en el gozo infinito que poseen por participación los Bienaventurados...!

¡Qué contraste...! También, ante los que caen en el Abismo, se apercibe un «para siempre» sin término, insondable, terrorífico; un «para siempre» conocido sólo por los que, arrastrados a la profundidad de sus senos, se encuentran, como de sorpresa, en aquella fosa interminable de terror...

Dos «para siempre» distintos, a los cuales nos conduce un mismo camino: el camino de la Eternidad. Porque, cuando Dios nos creó para Él y nos puso en el destierro, nos hizo caminar a todos en una misma peregrinación por el sendero que nos conduce a su posesión. Pero el pecado hizo una zanja y abrió un Abismo entre la criatura y el Creador, entre el Cielo y la tierra, entre Dios y los hombres; un Abismo de maldad, que sólo con alas de águila y ojos candentes de ardorosa sabiduría puede cruzarse...

¡Yo quiero alas de águila para mí y para todos los míos; corazón de Iglesia con alas de Espíritu Santo para todos los hombres de la tierra...! ¡Yo quiero alas de águila real que me lleven a las Mansiones de la felicidad eterna; y busco caminar a través de mi destierro con mis alas extendidas para franquear airoso las fronteras de la Eternidad y librarme del Abismo que el pecado abrió entre Dios y los hombres...!

Me consumo en ansias de clamar con Cristo y junto a Él a todos los hombres: «Venid a mí». Yo necesito, porque soy Iglesia y peregrina entre mis hermanos con los que marchó a una misma velocidad por un mismo camino, descubrirles y mostrarles esa Luz candente de vida y de felicidad. Y por eso clamo con angustias de muerte en cantares, que ante la tragedia de mi espíritu se han convertido en alaridos, para mostrar a los hombres el modo seguro de vivir en nuestro peregrinar hacia el Reino de la Luz y del Amor.

Mi alma está profundamente impresionada por esta verdad dogmática, siempre antigua y siempre nueva, de la vida, de la muerte, del Cielo y del infierno... Pero la impresión de los que caían al Abismo me es tan dura, que casi no me deja gozarme en los que cruzaban las fronteras gloriosas y suntuosas de la Eternidad.

¡Caían...! ¡Caían...! ¡Caían en el Abismo...! ¡Yo los he visto caer!! ¡Y caían para siempre con la velocidad de un rayo en días de tormenta, con la rapidez de un huracán en noches de aire, con la escalofriante sensación de la muerte, per-

diéndose en la hondura insondable del «Volcán abierto»...!

Oigo carcajadas en la lejanía..., mofas..., bur-las..., desprecios..., incomprensiones, calumnias y martirios para el *alma-Iglesia* que, con alas de águila, pasa a través del destierro su vertiginoso caminar...

¡Qué impresionante, qué grandiosa y terrible la visión de la muchedumbre de los hombres de todos los tiempos, corriendo por el camino de la vida en carrera vertiginosa...!

¡Y qué contraste al final del destierro...! ¡Qué distinto término!, ¡qué distinto fin!, consecuencias de un distinto caminar por el país de la vida...

«... Así será al fin del mundo: Envió el Hijo del Hombre a sus Ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga»⁶.

¡Qué terrible insensatez la de las mentes ofuscadas, yendo por un camino tan corto, tan rápido y tan incierto, en una despreocupación tan absurda y tan equivocada...!

⁶ Mt 13, 40-43.

Todo el que corre va buscando el amor, la felicidad, la paz, el gozo, la posesión. Pero no todos lo van buscando según la voluntad de Dios y, por eso, muchos se encuentran arras-trados, en un abrir y cerrar de ojos, en el Abis-mo insondable de la perdición.

¡Alma querida, provéete de alas de águila, ensancha las cavernas de tu corazón, marcha por el camino del amor, de la fe, de la espe-ranza, abre tus ojos a la verdad, para que seas capaz de extender tus alas e introducirte en la felicidad dichosa del gozo de Dios!

24-2-1974

¿QUIÉN IMPEDIRÁ MI PASO...?

¿Quién impedirá mi paso
cuando emprendo un raudo vuelo,
cuando remonto la altura
con urgentes aleteos?

¿Qué fuerza, de cuanto existe,
interrumpirá mi ascenso,
impulsado por las voces
infinitas del Eterno?

¡La tierra se me hace estrecha,
pequeñito el universo;
lagos parecen los mares
en la ascensión de mi ascenso...!

Carrera vertiginosa
emprende mi ascencimiento
con el ímpetu del rayo,
abrasando cuanto encuentro.

Nada importan mis caminos,
ni el peligro que atravieso;
¡huracanes son mis pasos
para conseguir mi intento!

Todo se queda lejano,
sólo es un hecho el recuerdo;

y mis alas extendidas
traspasan el firmamento.

Silencio siento en mi hondura,
de hondo recogimiento,
enajenación de cosas,
pérdida de sentimientos,

trascendencia de lo humano,
contacto con el Misterio...
¡Ay, lo que siente mi alma
cuando remonta su vuelo...!

¿Quién cortaría mi marcha,
si no sintiera, en el suelo,
la voz de Jesús penante
en sagrario prisionero?;

¿si mi experiencia de Iglesia,
por la misión que en mí encierro,
no me llamara en clamores
a caminar en el suelo?

Vivo la Vida y la muerte,
soy peregrina en el Cielo,
con asfixias infernales
que intentan cortar mi ascenso.

¡Pero no hay fuerza que impida
el ímpetu de mi anhelo,
cuando siento en su pasar
el perfume del Inmenso!

Una voz clama en la tierra
capaz de cortarme en seco:

la voz de Jesús silente:
¡Acompáñame en mis duelos!

¿Quién cortaría mi paso,
si el quejido del que anhelo
no morara entre nosotros
en las noches de su encierro
en el sagrario escondido
en sacrosanto misterio?

Lucha es mi vida en mi marcha
por la Patria y por el suelo;
me llama el Cielo y la tierra,
por eso lucha es mi vuelo.

¡Misterio de Vida y muerte,
misterio de tierra y Cielo...!